

USARCOY+V+BO+R+R+R



**Carmen Camarero de la Torre - Alba Monique Contreras Gallego -  
Teresa Dacosta Simón - Nilda Diarte Aguilera - Amaia Estébanez  
Quintana - Alba García Portela - Maribel García Rodríguez - Begoña  
García Sánchez - Begoña Gómez Saiz - Mercedes Menéndez Aguirre  
- Valentxu Torrientes Arauzo - Charo Vázquez Alonso - M<sup>a</sup> Ángeles  
Villanueva Moreno**

# **Escribividoras**

**Taller de Escritura Creativa  
Fika 2015-2016**

**Ediciones Manantay  
Serie Escribe Si Te Atreves**

Título original: Escribividoras - Taller de Escritura Creativa Fika 2015-2016

Selección de textos surgidos de las propuestas de trabajo realizadas en el Taller de Escritura Creativa, organizado por Mujeres del Mundo - Munduko Emakumeak durante el curso 2015/2016 en los locales de la calle Fika de Bilbao-

Primera edición, junio de 2016

© de los textos, las autoras

© del prólogo, Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

© de la edición, Asociación Cultural Manantay

Diseño portada: Alba Monique Contreras Gallego

Maquetación y corrección de textos: Begoña Ibáñez Avendaño y Marisa Arza Murga

Depósito Legal: BI-741/2016

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total ni parcial de este libro, ni la recopilación en un sistema informático por medios electrónicos, mecánicos, por fotocopias, por registro o por otros medios, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La pluma es la lengua del alma;  
cuales fueron los conceptos  
que en ella se engendraron,  
tales serán sus escritos

*Miguel de Cervantes*  
*La verdad*



## PRÓLOGO

**Escribividoras** es un libro de mujeres que viven, que miran, que creen. Mujeres encrucijada que se encuentran y se separan para buscar su camino. Mujeres reencuentro de luz y colores: violeta, rojo, azul, verde, amarillo... Mujeres que se enfrentan. Mujeres que son isla, mujeres de sueño, mujeres de cartas; mujeres sin permiso, mujeres montaña; mujeres mar, río, manantial; mujeres propias y heterónimas... Mujeres que ríen, lloran y bailan la danza sagrada de la vida. Vividoras de la tierra, del agua, del aire y del fuego, apostadoras día tras día, semana tras semana, viernes tras viernes en este marco sin fin que es Mujeres del Mundo.

En **Escribividoras** estas mujeres escritoras han encontrado su habitación propia para sentir, llorar y reír, para ser... y desde ahí comprometerse con otras mujeres porque ellas no excluyen, sino que comparten sus colores para ser arco iris enlazando y desenlazando su escritura. Sí, mujeres escribividoras que escriben sus historias, sus sabores para nacerse una y otra vez.

Nuestras escribividoras son mujeres que viven la vida, su vida, con intensidad y desde ella escriben y se atreven más allá de lo que su propia seguridad prevé. Son mujeres que se atreven con las palabras, con los heterónimos, con las pelusillas y las montañas; escritoras con solo dos armas: su ser y su escritura aquí y ahora en el taller de Fika.

De ellas, solo de ellas, nacen seres perdidos, olvidados, y espacios que nos confrontan como Manuel Enrique que espera esa carta que le saque de la frustración y el olvido; como el niño de arcilla con cabellos de alga que espera una tímida caricia; como el paseo por ese paraíso a través de nuestros sentidos; como la mujer que abandona su casa, su calle, su barrio, su ciudad para saltar al vacío de las sombras; como esa lluvia infinita que, aún así, no puede borrar nuestra identidad; como el quicio de la puerta que señala el límite entre la libertad y las rejas; como esas bragas que nos anuncian un nuevo y accidentado rebote en nuestro camino; como el tango que marca, que gira, que atraviesa las entrañas; como el destino que se cuele en la memoria de una vendedora frustrada; como aquellas mañanas en la Plaza del Arenal con críos que nos tutean como a las persianas; como los bestiarios de la pelusilla y la mosca jugando al ping pong acuático a la orilla de la piscina; como la causalidad y su correlación en la torre de Zumosol que vemos en nuestro supermercado; y como la explicación genérica y explícita de los mitos estúpidos que nos acosan en nuestra vida diaria.

El humor, la osadía, la ternura, la crítica se ponen en manos de estas mujeres escritoras que sienten, que viven con intensidad en este libro,

**Escribividoras**, para hacer que transitemos más allá del caos y de las hipótesis porque existe en sus relatos y poesías una realidad bien profunda: la creatividad y el juego que amasan las perspectivas, los caleidoscopios desde donde somos y nos hacemos sus lectoras/es.

Begoña Ibáñez y Marisa Arza

## LA VIEJA SIRENA

Carmen Camarero de La Torre

Había marea baja aquel anochecer en que me disponía a dar un paseo por la playa. Junto a las rocas del fondo me pareció ver la cola de un gran pez, me acerqué y cuál no sería mi sorpresa cuando me topé con una sirena.

Tenía el pelo totalmente blanco bastante despeinado. Se encontraba tumbada en la arena; desmadejada y totalmente quieta. Al acercarme más comprobé que respiraba con mucha dificultad. Sus ojos estaban semicerrados, y los labios reseco medio abiertos dejaban entrever una boca a la que le faltaba la mitad de los dientes. La piel de su cara surcada de múltiples arrugas estaba seca y ajada. Se la veía como indefensa y, pese al deterioro manifiesto de su aspecto, mostraba una expresión serena y relajada. Las escamas de la parte inferior de su cuerpo carecían de brillo, parecía que llevaba varias horas fuera del contacto con el agua.

Mi primera reacción fue arrastrarla hasta la orilla para que se refrescara, pero estaba demasiado lejos. Yo no sabía qué hacer con ella. No la podía dejar allí en aquel estado, llamar a una ambulancia era impensable; me pareció lo más sensato meterla en el coche y llevarla a casa.

Justo detrás de donde nos encontrábamos había unas viejas escaleras, las subí con ella en volandas, y al llegar arriba tropecé en un escalón roto y resbaladizo que casi nos hizo volver rodando a la playa. La instalé en la bañera y me senté en el borde esperando que se recuperara. Le costó mucho reanimarse, estaba literalmente agotada. ¡Quién sabe cuánto tiempo había estado tendida en la arena y cuál era el estado en el que había llegado hasta allí!... Poco a poco me fue contando su historia.

Era una sirena muy mayor, estaba enferma y terriblemente cansada. Hablaba bajito y despacio, sin prisa, como dando a entender que tenía todo el tiempo del mundo. Parecía estar acostumbrada a un ritmo de vida pausado y relajado. Su rostro irradiaba una especie de sabiduría ancestral. Le dolían los huesos y decía que ya ni era capaz de proveerse el sustento. No quería ser una carga para el resto del grupo y aprovechó una tarde de tormenta para escabullirse y nadar hacia la orilla.

Me contó que había tenido una vida plena y gratificante junto a unos pequeños islotes a unas treinta millas de nuestras costas, y que su cuerpo le decía que le había llegado el momento de la partida.

A la mañana, después de una curiosa y entrañable velada, le pedí que cantara un poco para mí. Me dijo que no, que su voz ya no era la misma, que ya no era capaz ni de encandilar a náufragos incautos, que no eran

precisamente cantos de sirena lo que yo necesitaba en ese momento por mucho que me hubiera gustado para huir de los problemas que me dolían, pero que debía afrontar de una vez por todas. No logré convencerla para que se quedara al menos unos días y así poder compartir nuestras respectivas soledades.

Por fin, le propuse regresar a la playa para que cuando subiera la marea pudiera lanzarse al mar en busca de su grupo, que estaría preocupado buscándola. No quiso oír hablar de ello. No quería regresar, daba su ciclo vital por finalizado.

Me pidió que al atardecer la llevara de vuelta a donde la había encontrado, la dejara allí y a la mañana siguiente, cuando subiera la marea, volviera para ver si las olas habían arrastrado su cuerpo; no quería que su presencia allí diera origen a un espectáculo. Deseaba irse discretamente.

Cumplí su último deseo, era lo menos que podía hacer por ella.

## ÑAM Y CUCU

Alba Monique Contreras Gallego

Ñam apareció en su doce cumpleaños mientras Niña lloraba en el huerto, las uñas rotas y llenas de tierra, la cara inflamada, los ojos rojos y el vestido desgarrado. Notó a Ñam acercarse con prisas y se dejó llevar a la acequia. Le lavó el cabello y la peinó con fuerza. Luego la hizo entrar en el gallinero y beberse un par de huevos. Niña se dejó hacer sumisa. No había ternura en las formas de Ñam, sin embargo la niña se sintió más calmada después de aquello. Cucu por el contrario era más dulce y apareció unos días más tarde. La primera vez que la vio fue sentada junto a la fuente donde Niña iba a coger agua limpia para llevar a casa. Cucu es alegre y risueña, y sabe canciones que madre le había enseñado años atrás, antes de convertirse en barro.

Cucu cogió una manzana del suelo y, una vez mordisqueada, la lanzó hacia unos matorrales haciendo un dibujo en el aire que a Niña le pareció precioso. Cucu aplaudió entusiasmada. “Ñam me hubiese reñido”, pensó Niña. Ñam solo sabe pensar en la lumbre y en cuidar el huerto y las gallinas, en la leña y en el agua.

Notó una noche la puerta abrirse y buscó por la habitación con la mirada asustada. Fue Cucu la que apareció cantando detrás de la sombra de padre, detrás incluso de Ñam que gritaba a Niña que se escondiera. Pero el canto de Cucu es más fuerte que todo, más fuerte que la noche y que la vida misma, y Niña decidió que nada la haría jamás dejar de escucharla.

Con el verano ha llegado el otoño, el invierno, las flores y vuelta a empezar. Ñam visita a Niña cada vez menos. Las cenizas se salen de la lumbre y cuatro gallinas han muerto de frío y hambre. Niña está sucia y su pelo se ha convertido en un nido de pájaros pero sin polluelos. Debería de levantarse del suelo y comer algo, pero Cucu canta tan bien...que Niña puede pasarse días escuchándole cantar, solo con esa voz se olvida del resto. Ya no escucha los gritos de Ñam ni sus exigencias, y a veces Niña se sorprende echándola de menos.

“Si al menos no hubiese sido tan dura”, se repite.

Todo parece haberse quedado suspendido. Ha dejado de escucharse el canto de los pájaros o el ruido del aire al pasar. Ya no hay huerto que cuidar. Abundantes lágrimas de Niña han caído en la tierra y han formado una alberca diáfana. “Es hermosa”, piensa Niña. Los guijarros del camino ya no gimen al ser pisados y los perros se fueron hace tiempo con padre y no los han vuelto a ver.

Cucu y Niña juegan bajo el manzano y tiran piedras dentro de la fuente.  
No necesitan nada más. Cucu y Niña. Niña y Cucu.

## EL OLIMPO ENCANTADO

Teresa Dacosta Simón

Fue en el momento en el que entré en la cafetería deseando alejar el resacón de la noche anterior, cuando me encontré un titular en la TV del establecimiento anunciando el programa del origen de la humanidad y la creación del universo. Eso llamó mi atención y, ante la mirada atenta del propietario, estimuló mi curiosidad.

Me acerqué al aparato para escuchar lo que decía aquel tipo que parecía un estudiado de renombre y oí cosas extrañas. Parece que antes de que aparecieran los hombres existió el caos, y a alguien se le ocurrió crear a los dioses para que habitaran el Olimpo, aunque la empresa le debió de fracasar al emprendedor, pues a parte de enrollarse los unos con los otros, comerse a los hijos para perpetuarse en el trono, por cualquier chispita saltaba el Olimpo en pedazos, o aparecían los Titanes para animar el cotarro y aquello no tenía fin.

Así que otro emprendedor presentó un nuevo proyecto: crear un hombre. El tipo de la tele lo llamó Adán. Y parece que fue el mayor terrateniente de la historia pues el jefe le regaló toda la tierra para él solito, le agasajó para entretenerle con el mayor jardín botánico que se podía imaginar, con la intención de que no diese la lata y por fin hubiese paz en el universo. Pero Adán pronto se aburrió de subir y bajar de los árboles y pasearse por las idílicas playas y solicitó al jefe una compañía para compartir sus posesiones y divertirse un poco.

“¡Otro inconformista!”, se dijo el creador. Así que se vengó de él arrancándole una costilla y creando a una mujer, con una lengua muy larga y una falda muy corta, para que le entretuviese en sus ratos de ocio.

Cuando la mujer vio a aquel tipo propietario de toda la tierra, empezó a distribuir parcelas y a poner vallas aquí y allá. Adán estaba estupefacto, no la encontraba por ninguna parte, por la noche no la oía con tanto animal rugiendo, y por el día desaparecía al amanecer dejándole una escueta nota cada mañana: “Me marcho a trabajar”, con una firma distinta, unas veces Lillitt, otras Eva, otras Venus...

“¡Mujer!”, la llamaba él a gritos, pues aún no se habían presentado, pero la venganza de la diosa Eco, le devolvía su voz. Afónico, casi desahuciado de sus tierras, y aburrido de nuevo se quejó al jefe: su compañera era una díscola y no prestaba ninguna atención a sus llamadas. Harto el jefe de tanto lamento, ordenó a la mujer que cediese un poco a los deseos de Adán o se atuviera a las consecuencias. Ella, temerosa de perder su patrimonio con tanto esfuerzo conseguido, cedió a los deseos de su socio y se entregó a los requerimientos del

pesado Adán. Así, de esta entrega nació el primer fratricida de la historia, pues Eva, agobiada con el chiquillo, le quiso dar un hermanito al primogénito, y a este le sentó fatal tener un rival que competía por la atención de su madre y, sobre todo, vio su herencia reducida a la mitad. Así que lleno de envidia se lo cargó sin ningún miramiento.

Cuando le oí al tipo esto ya no quise escuchar más, pues comprendí que esta es la chispa que engendró mi propia historia.

## EL DESTINO

Nilda Diarte Aguilera

DAME EL TESORO DE TU CHISPA, lo usaba para darme seguridad, es lo que yo escuchaba en mi cabeza cada vez que entraba a la tienda una persona que no me caía bien. Siempre era por algo, me daba cuenta nada más ver entrar a la gente, si no miraba a nadie, es decir, a nosotras, a las dependientas, o como si fuéramos maniqués, sin saludar. Ahí, con esas, más fuerte lo escuchaba, esta no se va sin comprar unas bragas o calcetines para su padre, o lo que sea que estuviera vendiendo. Hice un cursillo sobre cómo tratar a la gente, pero no me hacía falta ya cuando lo hice, tenía mis propias estrategias de venta, ellos decían sonreír siempre, tener buena actitud, pero a veces no funciona ser tan educados.

Me decían que valía para esto desde que empecé a buscar trabajo a los 16 años, hace unos años intentaron convencerme para vender joyas, y otra persona, detergentes, no me los podía sacar de encima, llamaban día por medio, me invitaban a charlas, yo creía que me veían la cara de idiota o de necesidad, eran productos caros que tenía que comprar una cantidad, inversión lo llamaban, fastidiar a todos tus conocidos, amigos y parientes para que compraran cosas que no necesitaban a un precio más caro solo porque les caías bien o te quisieran, daba largas para no empezar, es que me costaba decir que no, entonces tampoco decía que sí, esperaba que se cansaran, que se dieran cuenta solitos que no quería saber nada, era inútil, esta gente era peor que los Testigos de Jehová. Me daba pena cerrarles la puerta en la cara, decirles que intentaran vender esas cosas a sus amigos.

Tardé un montón de tiempo en darme cuenta de que lo hacían a propósito, contaban con ello y la que se cansaba de no hacerlo era una, unas ratas, te comían el coco; José me dijo que yo hiciera lo mismo, lo miré pensando que era un poco imbécil, se dio cuenta pero me explicó: “hazles creer que eres uno de ellos, que quieres salvarlos del infierno y todo eso que nos dijeron esos que vinieron”, me pareció buena idea aunque no creí que funcionara, ensayamos bastante, nos reímos todo el fin semana, aún eran buenos tiempos. El lunes llamé al de las joyas y el martes a los del detergente, lo que me daba rabia era que te hicieran creer que eras idiota si no lo hacías, cómo no ibas a querer ganar mucho dinero, vivir como reyes, y si eso era tan bueno... ¿por qué querían compartirlo? La gente no comparte lo bueno, si se encuentra un chollo de verdad, se lo quedan, se lo guardan calladitos.

En fin, no falla, me divorcié de José, pero eso que aprendí con él, lo sigo usando, cada vez me salía mejor, lo usaba con cualquier persona que se ponía

pesada. Al final me convertí en vendedora, parece que se me da bien después de todo, se me da bien, pero no me gusta. Vendí cursos de inglés, enciclopedias, aspiradoras, cepillos para ropa, muebles, espejos, seguros, seguros de defunción, cubertería, lotería... Tuve un jefe que me decía: “Simpática, lo que se dice simpática no eres, pero... ¡eres creíble!”. Yo creo que soy bastante simpática, a veces. También es que he vendido cosas de buena calidad, que nadie necesitaba, vale, pero eran buenas.

Además de aprender a conocer a la gente por detalles sin importancia, me daba cuenta de si estaba triste, deprimida o pirada. Hay una gran diferencia, algunos pirados quieren que creas que está deprimido y te sueltan el rollo, y no están deprimidos, están piradísimos y hay que sonreír. Un día le dije a mi compañera: “¿A este no le queda mucho dinero?”. Y ella me respondió: “No, vida, no le queda mucha vida”. No sé por qué lo sé, me viene esa información, a veces no quiero ni mirar a la gente, la veo y me entero de algo que ni siquiera ella sabe y me jode, tampoco sé por qué me jode pero me jode. Mira que hay gente que quiere saber todo de otras personas, mi ex suegra por ejemplo, quería saber todo de mis amigas y de mí, claro. Si no fuera porque el hijo le contó cómo me saqué de encima a esos, la hubiera convertido en Testigo de Jehová con ganas, ahora estaría tocando timbres la cotilla.

-¡Buenos días!... Lo tenemos en todas las tallas y en ocho colores, el verde amarillo está saliendo mucho, es lo que se lleva...

## BESTIARIO

Amaia Estébanez Quintana

Pelusilla...

... del ombligo de Dios que estás en los cielos, santificada sea tu hebra, venga a nosotros tu pelillo, hágase tu voluntad así en el jersey como en el polo. Poderosa pelusilla, deidad de las pequeñas cosas, ayuda a este diminuto pececillo de plata a esquivar a los monstruosos bípedos que pueblan la salida de mi hogar. Amén.

La mosca...

... se va de rave y deja abandonada a su stirpe oviforme. En un largo fin de semana que la díscola mosca pasa entre cabriolas tribales, luces de colores a ritmo de house, pintarrajeo de alas fosforescentes, éxtasis y revolcones con grillos y grilladas, sus cientos de miles de hijos tienen tiempo de pasar de huevo a larva, y de larva a pupa, sin supervisión de ningún adulto. Para cuando la mosca regresa al hogar, de resaca y alicaída, se encuentra con que sus retoños han abandonado el nido. Y es que crecen tan rápido...

Partida...

... de ping pong acuático a la orilla de la piscina. Pierde el equipo local. La avispa común, herida en el orgullo, rompe la pala en dos y se aleja del lugar hecha una furia. “Es la última vez que juego contra una avispa asiática”. Va directa al salón de belleza, pues tiene comprobado que pasar por la peluquería de la luciérnaga es mano de santo para recuperarse de los disgustos deportivos. Nada como someterse a su espada láser de la chapa y pintura.

## LA PASIÓN DE ALBAROTA

Alba García Portela

-¿Qué no estáis contentas con vuestra vida? -farfulló Albarota mientras se quitaba de la boca una pinza amarilla.

-Hasta el coño estamos, guapa -contestaron al unísono unas voces estridentes y enfadadas.

Siempre le dejaban presidir la mesa. Así podían quedarse bien con su cara y seguir odiándola horas más tarde. Las cenas siempre eran en su casa. La mesa, como no podía ser de otra manera, siempre estaba decorada con mucho gusto. Era tan odiosamente perfecta que se podía permitir cenar con el delantal puesto y el pelo recogido con una triste pinza de plástico.

-Pues yo me siento mejor que nunca. Me están sentando bien los cincuenta -prosiguió Albarota.

-Los cincuenta no sé, pero el pollo al curry cada año te queda más rico -replicó Mari Carmen.

Todas rieron, pero ella, indiferente, contestó con un “Gracias, joya”.

Con el orujo aún calentando sus pechos, Albarota despachó a sus amigas rápidamente. Le había escrito su última conquista: había acabado su turno y estaría en veinte minutos en su casa. Era un bombero madurito que lucía su buzo a medio vestir en el calendario, que aún colgaba de la cocina de muchas de ellas, detrás del de la Caja de Ahorros.

Mientras esperaban al taxi, desplumaron a la bella Albarota.

-Cada día da más asco esta tía. ¡Qué suerte tiene la cabrona! -se desahogó Pilar.

-Y ahora con el bombero ese. Yo que hasta me he imaginado alguna vez que me lo tiraba mientras echaba el polvo de rigor con Pedro -confesó Candela.

-Chicas, lleváis toda la vida poniéndola a parir, pero no faltáis a una cena -objetó María.

-Cambiando de tema... ¿alguien quiere lotería del viaje de estudios de mi chiquillo?

Albarota se despertó sola al día siguiente. El bombero le había dejado una nota: *He ido a recoger a mi hija al aeropuerto. Hablamos.*

No quedaban naranjas y bajó a tomarse su zumito de rigor a la degustación de la esquina. Cuando fue a pagar, se dio cuenta de que se había dejado la cartera en casa. Pidió disculpas al camarero y volvió a su apartamento a recuperarla. Cuando llegó a la puerta, rebuscó en el bolso desesperadamente, pero sin éxito: tampoco estaban las llaves. Le entraron ganas de llorar, pero consiguió reponerse y volvió de nuevo a la degustación.

-Hoy no es mi día. Me he dejado las llaves dentro de casa. A la tarde te pago.

-No te preocupes, mujer -la tranquilizó el camarero-. Con este viento sur andamos todos como locos.

-Ni que lo digas. Voy a usar un momento el servicio y después salgo pitando. Solo me faltaba llegar tarde al trabajo.

Mientras se subía los pantalones, se le enganchó la pulsera en las bragas de encaje. Agotada totalmente su paciencia, tiró fuertemente de la muñeca y rajó la prenda por completo, quedando toda su cadera derecha al descubierto. Entonces reventó y lloró toda la rabia que se puede acumular en una mañana que ha empezado con muy mal pie.

Finalmente, consiguió abrocharse los pantalones mientras se bebía los lagrimones. Se retocó el maquillaje con un trozo de papel higiénico y al fin salió del baño para componer su mejor sonrisa ante el camarero.

-¿No tendrás celo por ahí, verdad? He tenido un pequeño percance, ahora te lo devuelvo.

-Lo que haga falta, guapa.

Volvió a encerrarse en el baño y unió como pudo los dos extremos de sus braguitas rajadas.

Al menos la tarjeta del metro sí que estaba en su bolso. Además, fue llegar y besar el santo. Solo llegaría un par de minutos tarde a la oficina.

Su cara se desencajó de nuevo cuando al fichar vio el cartel recordatorio que rezaba:

*NO OLVIDÉIS QUE HOY A LAS 10 COMENZARÁ LA REVISIÓN MÉDICA*

*EN LA SALA JUNTO AL COMEDOR*

Y entonces recordó: “¿Qué no estáis contentas con vuestra vida?”... “Hasta el coño estamos, guapa”.

## ÉL... BIEN PUDIERA SER TU VECINO (pág. 57)

Maribel García Rodríguez

Eran pasadas las once de la mañana cuando le llamó Rosalía, la cajera del súper, a Mary para informarle sobre las ofertas especiales del día. Aunque era martes, era muy tarde, mucho más tarde que de costumbre, de tal forma que Mary ya había decidido no pasar por el supermercado y arreglarse con sobras de comidas para ese día. La nevera aún estaba bastante llena. Rosalía le dijo de forma apresurada que había tenido que arreglar un desaguisado monumental en la zona de zumos, pues había habido un derrumbe a las diez de la mañana de la torre de Zumosol. El estrépito debía de haber sido mayúsculo pues sonaban también las campanas de San Felicísimo y retumbaba todo el supermercado...

A Mary la curiosidad le picó las tripas, le preguntó si tenían fotos y cuando Rosalía le dijo que sí, que habían sacado muchas para el Seguro, le pidió que le mandara alguna. Se despidieron y enseguida Mary recibió varias fotos del desaguisado por el wasap. Las contempló cuidadosamente y le pareció extraño que la torre no se derrumbara entera y que se mantuvieran en pie tarros en los extremos inferiores, dibujando así los mismos una V invertida. Mary miró su reloj y arrastró todas las fotos a su galería. Ya las echaría un vistazo más tarde, se dijo. Se sentó frente a su segundo café del día, con su también segundo cigarrillo, y oía a lo lejos la radio que parloteaba y parloteaba y pedía la atención de los oyentes con las palabras fuertes y arrastradas *c u r i o s i d a d e s c u r i o s a s* oyó, y que a estas les seguía una música de timbales. Era la hora del programa favorito de Mary por lo que esta dio una calada al cigarrillo, suspiró y escuchó: *Hoy vamos con tres conceptos que no son idénticos a sus semejantes y que muchos damos por iguales y que no lo son... pues confundimos o identificamos serie con secuencia... y no... no son lo mismo. ¡Ah...!, y tampoco diferenciamos causa y correlación... Y posiblemente ninguno de ustedes nunca antes haya reparado en que existe diferencia entre axioma y teorema ¿no? Pues....* Mary subió el volumen y escuchó muy atentamente... *La secuencia exige un patrón que... y bla bla bla y... la correlación... bla bla...*

Mary escuchaba y revisaba en su móvil, en la galería de fotos aquellas que Rosalía le había mandado del súper en ese último mes. Todo el mes en el que habían pasado todas aquellas cosas extrañas. Mary las miraba una a una y las agrandaba mientras repetía en su cabeza: “No es lo mismo secuencia que serie, y tampoco correlación que causa”. Mary había captado esa oportunidad que la radio le estaba ofreciendo para hacer su propia hipótesis sobre los hechos

ocurridos ese desafortunado mes en el súper de Rosalía... y sí se dijo... así ahora sí que todo tenía sentido.

Mary en la emisora de radio oyó: *La secuencia es una lista de números o términos en los que siempre importa el orden, y debe de tener un patrón lógico o comportamiento lógico. La serie es una suma de números. Un axioma es una afirmación que se acepta como verdadera. Los teoremas son propuestas teóricas que requieren de una comprobación, con hipótesis y conclusiones. La causalidad es la que relaciona la causa y el efecto... y la correlación entre dos sucesos no implica relación de causalidad, aunque sí que pueden compartir algún tipo de asociación.*

## LOS PARAÍOS

Begoña García Sánchez

Los paraísos no son imaginarios,  
son paseos por nuestros sentidos  
grabados en forma de camino,  
camino que se alarga, se estira  
y continúa hasta...  
donde tú quieras prolongarlo.  
Los árboles están ahí, al fondo  
siempre al fondo, inalcanzables  
pero cercanos los unos a los otros...

Los paraísos no son imaginarios,  
son travesías por la piel acariciada  
tatuadas con sal de mar,  
mar que huye, vuelve  
y se enfada hasta...  
que tú desees sosegarlo.  
Las olas bailan así, al horizonte,  
siempre al horizonte, amenazantes,  
insinuantes, unas encima de las otras...

Los paraísos no son imaginarios, pero  
tampoco eternos, paseos inacabados,  
travesías entre sombras, arboledas olvidadas  
sucumbiendo entre las olas.

## LA CARTA

Begoña Gómez Saiz

Nadie hubiera imaginado que aquel 12 de febrero de 2012, cuando el cartero depositó una carta de la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el buzón de Manuel Enrique Roca Valiente, un hombre obeso de glotonería y falta de ejercicio, iba a ser una fecha decisiva en la investigación médica del cáncer; que aquella elección aleatoria de individuos daría al traste con los avances de biología molecular de los últimos 50 años.

Manuel Enrique por costumbre, como hacía todo en la vida, cuando llegó a casa del instituto donde daba clase de Biología, abrió el buzón para ver la correspondencia; gesto bastante ridículo porque, salvo en Navidad que llegaba una felicitación de un pariente lejano a nombre de su madre, siempre estaba vacío. Ese día, sin embargo, había un sobre de tamaño mediano. Fue tanto el desconcierto que no se atrevió a cogerlo, se quedó mirando abobado el buzón abierto con las llaves colgando. Al cabo de unos minutos, después de haberse secado el sudor de la cara varias veces con el dorso de la mano, la estiró y extrajo la carta. Universidad Pompeu Fabra, rezaba el membrete, y un poco más abajo su nombre con dos apellidos.

Era la primera carta personal que Manuel Enrique recibía en su vida. Ni idea de cómo, pensó, pero de algún modo habrían tenido conocimiento del método revolucionario de clasificación taxonómica de coleópteros que había diseñado, solo ese podía ser el motivo de que una Universidad prestigiosa se dirigiera a él. Sus neuronas, acostumbradas a no resolver nuevas situaciones, estaban anquilosadas y necesitó el tiempo de subir en ascensor y llegar a casa para que encontraran las conexiones necesarias y encarar la situación. Saludó a su madre y se encerró en su cuarto.

Sentado en la cama, la misma cama que le había acompañado todas las noches de sus cuarenta y dos años, miró la carta, pasó los dedos por el relieve del membrete leyendo con los ojos cerrados como si esta concentración le ayudara a desentrañar el misterio, acarició el sobre a lo largo y a lo ancho, y el triángulo pegado con cola que alguien habría humedecido con los labios. Se entretuvo unos segundos en este pensamiento, en esa lengua húmeda que había lamido el lugar que él ahora acariciaba y le vino una erección. No era la hora ni el día, pero se impuso el deseo y la excitación de la novedad; nunca había estado tan cerca de la saliva de, la que supuso, sería una mujer.

Una vez hubo terminado el acto, más placentero de lo que solía acostumbrar, se limpió escrupulosamente y procedió a abrir la carta. Estaba escrita en Arial 11, su preferida: era una señal, iban a ser buenas noticias.

Comenzó a leer entrelíneas buscando palabras clave: crisomélidos, metodología, exposición... pero no encontró ninguna de las más citadas en su artículo. En lugar de ello, leyó:

*Estimado señor:*

*Tenemos el placer de comunicarle que ha sido seleccionado para participar en un estudio genético...*

¡Esa sí que era buena! Pretendían tomarle de muestra como a una cobaya. Siguió leyendo: ... *su colaboración consistirá en...*

Y más adelante:

*... el número de individuos que como usted tomarán parte, de forma aleatoria...*

Levantó la vista y, acercándose a la ventana, miró la calle. La calle que le había visto crecer junto al puerto de Cartagena, rodeado de putas y militares, acompañado siempre por su madre y el dibujo constante de la señal de la cruz en la cara y en el pecho, las risas de los otros niños y los insultos, los golpes y las humillaciones. Continuó la lectura. La emoción de su trabajo reconocido hizo un remolino y desapareció por el desagüe de los fracasos.

Renglón a renglón se puso a salivar. Una idea estaba tomando forma en su cabeza, una respuesta a tantos años de oprobio y de vergüenza. Iban a saber de lo que era capaz la bola de sebo del patio, el empollón marica, el gafotas culo de vaso... “¿Qué me necesitan ahora para estudiar genes?”, se dijo, “... pues les va a salir el tiro por la culata. Ha llegado la hora de mi venganza”.

## LLUVIA DE BRAGAS CON NILDITA NARANJA

Mercedes Menéndez Aguirre

-Me quedé dormido y soñé con tus bragas –me decía cada vez que quería mosquearme. Y yo, infeliz, entraba al trapo.

-Pues podías soñar con mi fluida conversación o con mi sexi contoneo o, mejor, con lo buena que soy calentando el ambiente previo al sexo.

-Nildita, Nildita... sabes que me tienes loco de amor por ti, pero es que tus bragas... ¡Uf! tus bragas son mi mejor afrodisíaco. –Se reía de mí el muy cretino. Y es que sabía cuánto odiaba que me llamara Nildita, con aquella voz ronca simulando la de un niño. ¡Idiota! En esos momentos le daría un bofetón bien a gusto o un rodillazo en la entrepierna.

-Robertito, pobrecito mío, sabes que me jode ese nombrecito y tú, venga y dale, pues mira lo que me provocas, cariño -le diría tras mi violenta acción.

-Mi amorcito, ¿por qué me tratas así? –me diría con voz lastimera.

Yo también soy capaz de soñar, pero mis sueños son más intelectuales. Siempre he sentido la necesidad de la creación y cuando me despierto recuerdo por dónde me muevo en las noches en que nada ni nadie me perturba. Me he dado cuenta de que Roberto, mi novio, nunca me acompaña. Me veo charlando animadamente, alrededor de una mesa, en la que tomamos café o chocolate y nuestra conversación, interesantísima por cierto, gira en torno a la política, la literatura, el cine o, quizás, el último viaje de un reportero de guerra. Mis opiniones se escuchan con atención y sé que formo parte de ese círculo exclusivo de gente interesante.

Pero la realidad es muy otra y este zoquete que tengo a mi lado no me ayuda nada. Con su “Nildita” lo único que consigue es alimentar mi frustración por no haber conseguido tener a alguien mucho mejor. Es verdad que el hombre tiene sus virtudes, es verdad, algunas, sí. Es cariñoso y bastante buen amante, no para echar cohetes, es verdad, pero pone interés. Es buen conversador. Me acompaña a gusto al cine y al teatro. Lee bastante y tiene buen gusto en el terreno musical. Es manitas para esos pequeños arreglos domésticos y la cocina se le da muy bien. ¿Seré muy exigente o demasiado soñadora? Y es que, cuando me habla de las bragas con las que él sueña yo, un poco a mala leche porque me pilla somnolienta y descolocada, le pregunto:

-¿Cuáles?... ¿Las que me regalaste en Nochevieja del año pasado? ¿Justo esas? Perdona... ¿Qué soñaste?

Y él, que cree ser el más ocurrente del mundo me mira incrédulo porque yo no he captado su mensaje. Pero es que me cansa que no tenga más imaginación y que me hable de la ternura que le provocan mis ojos recién

despiertos, o que le pone mi piel cálida y un poco sudorosa, o... cualquier cosa que no sean mis bragas.

Hoy que no tenía yo cuerpo para sus tonterías, cuando ha nombrado mis bragas me he levantado de un brinco de la cama, he abierto el primer cajón de la cómoda y con un gran abrazo he recogido todas, todas mis bragas, de todos los colores, de todos los tamaños, viejas y nuevas, y se las he echado sobre la cara, como si fuera una lluvia o más bien una gran tormenta y me he quedado mirando su expresión de sorpresa, de incredulidad, con los ojos y la boca muy abiertos, y le he preguntado:

-¿Cuáles de mis bragas son las que te acunan y te hacen soñar? ¿Qué te parecería si yo te dijera cada mañana que me quedé dormida y soñé con tus calzoncillos?

¡Cambia de rollo, tío, cambia de rollo!

Cuando se ha recuperado un poco, me ha mirado con esos ojos suyos tan oscuros, tan profundos, tan amorosos y me ha dicho con voz grave y calmada;

-Benilda Naranja, te casarás conmigo, ¿verdad? Necesito una mujer como tú, que me estimule, que me diga lo que está bien y lo que está mal, que sea apasionada, inteligente, rebelde. Te quiero siempre a mi lado porque eres el amor de mi vida. Prometo cuidarte, amarte, acompañarte.

¡No me lo esperaba! ¿Casarme? No entraba en mis planes. Pero quien se niega ante semejante declaración y semejante propuesta. ¡Y con esa mirada suya!

Nos hemos abrazado con ternura sobre aquella lluvia de colores y formas, hemos hecho el amor como nunca y nos hemos dormido. Al despertar, a media mañana de este soleado domingo, me ha abrazado y me ha susurrado al oído: “Te quiero, preciosa”. Y yo, para mi sorpresa he echado de menos su sonsonete de todas las mañanas: “Me quedé dormido y soñé con tus bragas”.

## LA LLUVIA...

Valentxu Torrientes Arauzo

En la casa suena la voz de una locutora:

*La lluvia se va con tristeza después de...*

“Qué mierda de día, y a mí qué me importa...”, dice en voz alta la mujer que bruscamente apaga el aparato, “este sol inmundo llenando mis ventanas con sus asquerosos destellos... por qué no seguirá lloviendo... ¡La penosa gente seguiría ocultando sus rostros debajo de abrigo y paraguas!”, termina gritando... A ella qué le importa que los ríos se desborden, que los mocosos no puedan ir a la escuela...

-Pruden... ¿qué haces? ¿Estás, otra vez, hablando con la radio? -grita otra voz de mujer desde la habitación contigua.

Pruden maldice en voz baja el fino oído de su hermana Araceli y acompaña su enfado con un golpe seco de su pie en el piso. De repente, todo empieza a darle vueltas y todo su cuerpo golpea el suelo.

-¿Pruden?... ¿Pruden?...

Al llegar a la cocina, Araceli ve a su hermana tendida sobre el frío suelo gris, no duda en apresurarse a coger el teléfono y llamar a emergencias, luego se acerca a aquel amado cuerpo, intenta reanimarlo y reza las plegarias aprendidas en su lejana juventud. Recuerda aquellas tardes soleadas junto a su hermana en casa de sus abuelos, igual que hace cada vez que se enfadan, algo que en los dos últimos años está siendo muy frecuente.

La sirena de la ambulancia suena casi al lado... a partir de ahí todo sucede muy rápido: los sanitarios, Pruden entubada y en la camilla... Antes de irse tranquilizan a la hermana y la felicitan por su primera maniobra, le ha salvado la vida. Araceli se queda preparando una pequeña bolsa, coge uno de sus libros de poemas y sale presurosa. No tiene que avisar a nadie, sus abuelos hace tiempo que fallecieron.

En el autobús, sentada en uno de los asientos dobles, abre el poemario por una página al azar y lee para sí:

“Silencio. Silencio es lo que quiero escribir, ausencia en la tarde alegre, vacío de una nube sola, amarrando su estela en mi mano. Rozando el espacio sin límites”.

Roberta Neville siempre ha sido su favorita.

-¿Araceli? ¿Eres tú? Soy Rosa, ¿no te acuerdas de mí? Cojo todos los días el autobús a estas horas y nunca te había visto, perdona si te lo digo, pero...no tienes buena cara... ¿Te pasa algo, Araceli? No te preocupes, no digas nada, soy enfermera, ya estamos en la parada del hospital, vamos apóyate en mí, todo

va a ir bien, tranquila, yo te sujeto... Ayúdenme, por favor, sí se ha desmayado, sí una silla de ruedas, sí soy enfermera...

“Tantos años sin saber de las gemelas”, piensa Rosa mientras se pone el uniforme, y ahora las tiene allí, las dos al mismo tiempo, pareciera que han venido a verla a su manera; siempre había pasado eso con ellas, funcionaban diferente a los demás.

Rosa las conoció hace muchos veranos, cuando las tres tenían catorce años. La madre de Rosa se había casado por segunda vez y su nuevo marido era del pueblo donde vivían las gemelas con sus abuelos. Iban siempre juntas a todos los sitios, pero había algo que Araceli siempre hacía sola: los sábados por la mañana, en verano, acudía a la biblioteca portátil del pueblo y allí fue donde Rosa y ella se hicieron cómplices. Solo durante la hora que pasaban allí, eso también es cierto.

Rosa se apresura, ya llega tarde a su cita con la supervisora, quiere pedirle permiso para ocuparse de las dos hermanas; hasta que no pueda hablar con Araceli, no sabe si tienen a alguien que pueda ocuparse de ellas.

Rosa recorre los pasillos del hospital hasta llegar a la primera planta, habitación 114, abre la puerta, se queda de pie mirando la cara arrugada de Araceli, sabe muy poco de las dos mujeres, solo retazos de una adolescencia muy lejana...las echaba de menos, la echaba de menos especialmente a ella, Araceli...

Rosa se aproxima a ella, acerca sus labios a su oído y le susurra un antiguo poema:

“Vuelvo a mi sitio, a mi letra pequeña,  
conozco hoy mis pasos lentos,  
mi tranquilo desorden, mis tropiezos,  
lo nuevo del día, cuya luz quiero atraer,  
brillo sutil.”

Después acerca la silla a la cama y se sienta.

## CAMINOS DIFERENTES

Charo Vázquez Alonso

¡Por qué quiso irse andando  
con pasos de tango!  
¡Por qué mezcló la sabiduría  
y la magia del cuerpo!  
¡Por qué con movimientos ágiles  
su cabeza buscaba!  
¡Por qué no había prisa para deslizar sus manos  
marcando el contacto!  
¡Por qué se rozaban con dedos  
astutos de tango!  
¡Por qué no había insignificantes zapatos  
al ras del suelo!  
¡Por qué sus pies marcaban las pausas y el ritmo lánguido,  
del acá y allá!  
¡Por qué sus ojos no perdían su mirada enamorada  
o tan solo apasionada!  
¡Por qué sus largas piernas en sombras negras  
giraban astutas en cómplice pecado!  
¡Por qué bailaban, tan solo bailaban,  
mientras la música hablaba!  
¡Por qué la guitarra rompía el silencio  
atravesando las entrañas!  
¡Por qué las palabras sonaban torcidas en la boca roja  
del tango meloso y añejo!  
¡Por qué la concertina lloraba o tan solo se estremecía  
mientras los miraba!  
¡Por qué volvió andando con pasos lentos  
de tango y más tango!  
¡Tango!  
¡Tango en la casa rosa!  
¡Tango no solo tango!

## ESAS MAÑANAS

M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno

PIN, PAN... Solo faltaba el fuego para que el estruendo hubiese sido reconocido como noticia de primera página. En realidad todo quedó en dos tazas y cuatro vasos rotos y en un asustado camarero que se apresuró a recoger el estropicio, seguro que pensando que como el jefe le descontase el menaje del sueldo, esa semana no le quedaría ni para tabaco.

A mí también me asustó, ya que entusiasmada en mi lectura de *Tres actos y dos partes* de Faletti, ni me había enterado de que los rayos del sol iban dejando de calentar en la Plaza Nueva, ni de que el café se me había helado.

Más sí que me resultó útil el pin, pan, pun ya que al volver al mundo de los mortales mis ojos pasaron del accidente de los vasos y de las tazas, a los de un señor sentado en la mesa de enfrente. “Ese tipo me suena”, me dije, ese viejete tranquilo, grande y canoso me recuerda a alguien. Y flash, me vino. Cerré el libro, me levanté y...

-Perdone usted... Usted me recuerda a un mito de la soñada libertad de los años 70. ¿Es usted, por casualidad, ese cantautor famoso?

Me miró tranquilo y sonrió.

-Si y no, -me contestó-. Soy, pero no el que era. Eso ya pasó, y ni el tiempo ni la experiencia de los años me ha servido para realizar mis sueños.

-Ya, pues qué pena, pero a pesar de todo, un honor señor.

Después de la foto, que nos sacamos como recuerdo de un ayer que no sirve para hoy, me fui paseando hacia el Arenal. Hacía un buen día, uno de esos de cielo azul tras del cual no hay paraíso. La rodilla izquierda, de repente, me hizo crack, y me quedé rígida. A duras penas pude llegar a un banco y empecé a flexionar dándome masajes, cuando un pelotazo por poco me deja rígida también de la cabeza.

-Perdona tía -me dijo un tipejo de no más de siete años- pero es que los mayores siempre os ponéis en medio.

-A los mayores no se les tutea -le grité mientras de mis ojos salían rayos de dolor.

-No se les tu... tu... ¿qué? -contestó el angelito de vaqueros rotos y camiseta del Athletic.

Yo no tengo espíritu infantil, ni instinto maternal. “Los niños sin educación y que me tutean me recuerdan a las persianas”, susurré para mis adentros, pero aquella futura estrella del balompié tenía buen oído.

-¿Te gustan las persianas? A mí también, -me contestó-. Esas de hojaldre y nata que me como con chocolate en Santiaguito cuando mi madre me premia por ser bueno, es de lo mejor que me ha pasado en toda mi vida.

Mi cabeza crujió al mirarle detenidamente. “¡Joder con el niño!”, pensé.

-No me refiero a esas persianas, me refiero a esas otras metálicas donde suelo poner bajo ellas a los niños que tutean y luego doy al botón y automáticamente bajan y RAS, RAS... la cabeza rueda.

## EL QUICIO DE LA PUERTA

Carmen Camarero de La Torre

Abrió la puerta lenta y sigilosamente. Asomó un poco la cabeza como con miedo de ser descubierta, echó un rápido vistazo a toda la sala, adelantó el pie izquierdo y se impulsó con suavidad. A continuación la cerró tras de sí sujetando la manilla para que no hiciera ruido, saludó con un *arratsalde on* que solo alcanzó a los oídos de los que estaban cerca de la entrada, y se sentó en una de las sillas del fondo de la sala.

El público no llegaba a la mitad del aforo, aún faltaban diez minutos para el inicio de la sesión. Conforme iba transcurriendo el tiempo, las sillas se iban ocupando. Ella tenía las manos en los bolsillos del pantalón y la mirada baja. La boca se le había secado como si le hubieran succionado todo rastro de saliva. Se sentía rígida como una estatua de mármol.

Pasados ya cinco minutos de la hora, la gente comenzaba a impacientarse mirando para todos los lados, sobre todo los que estaban de pie al fondo de la sala. Ella miró hacia el estrado, la distancia le parecía totalmente insalvable, intentó levantarse pero su cuerpo parecía de plomo, se sentía incapaz de moverse; el miedo escénico la tenía totalmente paralizada. Por fin se incorporó lentamente y mirando de soslayo la plataforma vacía en la que había un atril de aspecto ligero junto a un micrófono, se acercó con resolución hacia la puerta, la abrió y con un sonoro portazo echó a correr por el largo pasillo en dirección a la calle.

## COLINAS

Alba Monique Contreras Gallego

Colinas que susurran secretos marinos,  
empujaron a la orilla  
al niño de arcilla,  
y el mar, con un suspiro de azúcar,  
emprendió su retirada.

Me tumbo junto a su pecho desnudo,  
y ambos observamos  
la barba de Dios.  
Allí donde anidan los sueños, un cielo índigo  
y vivo nos sonrío complacido.

Yo hija de la arcilla y del viento del Este,  
miro sus ojitos de antorcha  
que alumbran mi Norte,  
y le enseño vetustas canciones  
que suenan a lluvia nocturna.

Mientras él duerme y repite palabras  
de otros lugares,  
yo acaricio su pelo de alga  
con trozos de conchas partidas,  
y una boquita avergonzada  
se posa sobre su frente dormida.

## **EL TITIRITERO**

Teresa Dacosta Simón

Gustavo acababa de terminar su carrera de arquitectura, y lo que tocaba ahora era empezar a diseñar edificios y contribuir al desarrollo de una sociedad cuyo estatus se establece por el éxito en tu profesión. Pero Gustavo se retrasaba en lo que marcaban los cánones, y su diálogo interno con Gus era cada día más difícil, pues este le increpaba continuamente por no tener valor para tomar una decisión que llevaba meditando largamente: su vocación o su profesión.

Gustavo donde se encontraba cómodo, como en su propia casa, era en el espacio que compartía con sus amigos del barrio, representando funciones de títeres, cada sábado por la tarde, ante un público infantil, acompañados a veces de sus progenitores. Allí y en sus ojos veía la ilusión y la fantasía que el espectáculo les producía. Entonces su alma vibraba de pasión y se sentía en armonía. A la vuelta a casa, Gus no dejaba de recordar sus sensaciones: jamás edificio alguno mostraría tanta belleza como las caras y los aplausos que le dedicaba el público.

Tras mucha reflexión, y harto de discutir con Gus, decidió ser sincero consigo mismo y no vender su alma por unas monedas. Su pasión era los títeres y cambió los edificios por las plazas públicas de pueblos y ciudades. Ese sería su verdadero hogar, un hogar necesario y cálido. Creó entonces una cuadrilla para Gus, como Mikaela, la voz crítica; la dulce Estivia, romántica y coqueta; y el avaro Eurito. Toda una familia que lo acompañaba sin falsas apariencias, y de los que brotaban las ideas como el agua de un manantial. De cada uno salían distintos sentimientos conectando con cada parte de los presentes que, emocionados, participaban de la función. Los niños gritaban, reían y aplaudían a cada personaje como si de un teatro griego se tratara.

Gustavo había nutrido su hogar con la ilusión y la creatividad, y ese sería su camino en adelante, siempre sonriendo y cobijándose al calor de plazas y mercados.

## UNA SIESTA DE CRÉDITO

Nilda Diarte Aguilera

Escogí la calle del callejón, zona de atracadores, hoy prefiero evitar a alguien conocido, para no distraerme, para repasar lo que ocurrió en la sesión. Lo que dijo es lo que vengo escuchando desde hace mucho tiempo, y si no me lo dicen me doy cuenta que lo piensan.... Que intente centrarme en la vida real, en las cosas cotidianas. Cuando le pregunté si yo era rara, me dijo que era “particular”, entonces le dije que estaba usando eufemismos. Le recordé que alguna vez mencionó que era “especial” otro sinónimo de rara, se molestó...

-Nadie es especial por ser particular -dijo de una manera-. Lo que usted cuenta que le pasa, aumenta su sensación de soledad y...

-Y... ya lo sé -la interrumpí-. La soledad y la tristeza hieden...

-Lo dejamos por hoy -dijo.

Tajante, me sentí expulsada de mi propia terapia, con la determinación irrevocable de no regresar, también es cierto que tomo decisiones irrevocables de tres minutos de duración, mejor esperar, una buena siesta me vendría bien. En eso veo un tenderete con una luz mortecina, pero es la única iluminación del callejón y lentifico mis pasos aunque por la otra acera, por las dudas, justo enfrente leo:

*Solo por hoy COMPRENSIÓN en oferta*

Cruzo.

-Perdone -le digo a una mujer con cabellos abundantes y desordenados, una mirada directa, profunda, inquietante-. ¿Usted vende comprensión? ¿Cómo se puede vender eso? ¡Qué vergüenza!

-A kilo.

-¿Qué? -insistí.

-A kilo.

Su voz es dulce aunque denota cansancio.

-¿Y cuánto cuesta, si se puede saber?

-También tengo paciencia por si le interesa...Si lo va a comprar le digo, sino, por favor no me haga perder el tiempo, sea comprensiva... Ah, parece que no puede. -Se sonrío la muy...

-¿Qué necesidad hay de ser desagradable?

-¿Lo quiere o no?... ¡Siguienteeee!

-No me joda, en este callejón no hay nadie más. Déme un poco para probar, a ver, 250 gramos... -En venganza me pongo a buscar toda la calderilla que siempre se me pierde por el fondo del bolso.

-¿Se lo envuelvo?

-No hace falta -le digo- me lo llevo puesto. Ni siquiera sé si es de buena calidad, por algo estará de oferta, esto lo pienso. Cuando levanto la vista veo que cambió su cartel y este reza:

*Deje su RESENTIMIENTO, si quiere*

-¡Oiga!... ¿Qué significa eso?

-Tengo un extractor de resentimientos, antes era gratis pero la gente venía día por medio a desahogarse, ya se sabe, todos se abusan de lo que es gratis. ¡Se formaban unas colas! ¡Y para nada, al día siguiente igual, agotador! Ahora cobro una suma simbólica y usted se va más liviana.

-Esto hasta me parece bien, pero usted es como un mercader de las emociones...

-Bueno... ¿deja algo de lo suyo o qué?

-Sí, claro, ya que estoy. Saque bastante por favor.

¿Qué hago?... Me pregunta si soy zurda o diestra. Le digo que soy zurda contrariada. La oigo bufar y me rodea el brazo izquierdo con algo parecido a lo que mide la tensión arterial.

-Listo.

-¿Es normal marearse un poco? -Me recomienda respirar suave aunque profundamente. Pienso que no ha sido buena idea esto de quita y pon.

-Señora... ¿tiene... ternura?

-Claro.

-Póngame de eso también, espere.... ¿Acepta tarjetas de crédito?

-Deje, esto es regalo de la casa.

Entonces me mira con tanta dulzura que me envuelve y me abriga. Me recuerda a toda a la gente que amo y me ama... Intento esforzarme en contener las lágrimas de agradecimiento, por pudor más que nada. Pero un segundo después de dejar de mirarla me doy cuenta de que me conoce... ¡Se va a cagar la psicóloga el viernes que viene!

## LA CABEZA FLOTANTE

Amaia Estébanez Quintana

-¿Has visto la muy perra?... Sacude su alfombra sobre mi ropa tendida, y por la mañana, cuando me asomo a tender, encuentro todo tipo de cosas...

-¿Y qué encuentras pues?

-El otro día una colilla, pero hace dos días una máquina de escribir inservible, un par de bragas de licra y un diccionario de sueco.

-¡Pues vaya elementa! Como no lo cortes de raíz, se te va a subir a la parra, Merche...

Merche pensó que su amiga Margarita tenía más razón que una santa y, en cuanto esta se marchó, subió al 5ºB a ponerle los puntos sobre las íes a su vecina, a la cual aún no había visto en persona. La única prueba que tenía de su existencia, aparte de los cachivaches que iba dejando sobre su ropa tendida, eran unos cánticos, entre yóguicos y gregorianos, que le oía los martes de seis a seis y trece de la tarde. Dio tres timbrazos enérgicos y, mientras esperaba a la vecina del 5ºB, sus pensamientos se dirigieron a la elección de la bata de cola que se iba a poner aquella noche para ir a ver a su novio. “¿Le gustará más la negra de satén o la verde con lunares blancos? Con lo poco que me gusta a mí la copla, ¡quién me mandaba a mí echarme un novio que tiene un fetiche con las batas de cola! Ay, y si eso fuera lo único, porque lo de mi Paco tiene tela...”. En esto estaba cuando se abrió la puerta, y entre humos de origen indeterminado, distinguió la figura de una mujer bastante alta envuelta en un chal multicolor que vestía un kimono de seda verde. Llevaba en la cabeza un turbante color violeta y sostenía en la mano derecha una larga boquilla de cigarro, lo que explicaba, sin duda, el humo que la envolvía. La extraña mujer dio una chupada a su cigarro mientras la miraba desde sus gafas de culo de vaso y, luego de expulsar una bocanada de humo, se dio la vuelta al tiempo que decía:

-Pasa, querida, llegas a tiempo para la sesión.

Merche, que se había quedado con la palabra en la boca, la siguió al interior del inmueble desconcertada pero muerta de curiosidad. Sin mediar palabra, la vecina la llevó a una especie de salita que, por todo mobiliario, contaba con una gran alfombra persa y decenas de cojines amontonados por todo el lugar. A pesar de ser las doce de la mañana, la estancia estaba en penumbra y los humos que procedían del cigarro de la vecina se mezclaban allí con los efluvios de barritas de incienso que apestaban a pachulí. La mujer apagó el cigarro, se sentó en el centro de la alfombra y, con un gesto de la

cabeza, le indicó a Merche que hiciera lo propio. Cuando estuvieron frente a frente, la mujer la tomó de las manos y, mirándola fijamente a los ojos, le dijo:

-Háblame.

-Pues soy la vecina del 4ºB y vengo a decirte que dejes de sacudir la alfombra sobre mi ropa tendida, que me la llenas de porquerías –le dijo Merche, ya recuperada de la impresión.

La mujer del turbante cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y presionó con fuerza las manos de Merche. En ese instante, la salita desapareció en un fundido a negro. Merche vio aparecer ante sus ojos una bata de cola verde con lunares blancos que giraba y giraba sin parar. De fondo se oía el repiqueteo de unas castañuelas. También apareció flotando la cabeza de su novio, con el ceño fruncido como de costumbre y repitiendo lo de siempre: “¿A dónde vas con ese escote?”... “¿Quién era aquel chico que te estaba comiendo con la mirada?”... “Sí, sí, tu amigo Luis será majísimo, pero está esperando a que yo me despiste para pillar cacho contigo”. La cabeza flotante de Paco hablaba y hablaba y hablaba, y el vestido giraba y giraba, y el repiqueteo de las castañuelas se oía cada vez más alto. Cuando pensaba que le iba a estallar la cabeza, la visión desapareció, y se vio de nuevo sentada frente a su vecina. ¿Sería una bruja, una pitonisa? En cualquier caso, a pesar de la extraña experiencia que acababa de vivir, se levantó de la alfombra sintiéndose calmada y con una determinación en mente: mandar a tomar vientos al pesado de su novio, que no la dejaba vivir con sus celos y sus demandas. La vecina se levantó también, muy seria, y la llevó hasta la puerta de casa otra vez, despidiéndose así:

-Vuelve dentro de una semana, querida.

Y cerró la puerta, sabiendo que su vecina pronto iba a olvidar la visión que había tenido pero no la idea de dejar al novio. A continuación, volvió a la salita, cogió el teléfono y marcó un número.

-El sujeto ha acudido a mi llamada –le dijo a su interlocutor sin poder esconder una pizca de emoción-. No ha podido resistirse a los reclamos que he ido dejando en su balcón.

-Perfecto. Inicie la fase dos –contestó una voz al otro lado del teléfono-. Enumere los reclamos utilizados, son necesarios para la elaboración del protocolo.

-El otro día una colilla, pero hace dos días una máquina de escribir inservible, un par de bragas de licra y un diccionario de sueco.

## HORROR CENÓTICO EN CONTABILIDAD

Alba García Portela

Desde que Julián hiciese aquel trabajo para la escuela sobre sumideros naturales, supo que su primer gran viaje de juventud lo haría a México para conocer los cenotes.

Como en los libros de cuentas de las grandes empresas que él auditaba, haremos una gran elipsis de sus años de adolescencia y primera juventud en los cafés de la facultad para colocarnos, de pie, al borde de un inmenso cráter rocoso relleno de un agua azul turquesa.

Es julio de 2008 y Julián está de luna de miel con Marga, en la península de Yucatán.

Sin duda, los cenotes son como los imaginaba. No lo han defraudado. Pero de pie junto al borde del agujero, siente que el mundo se desmorona bajo sus pies. Toda la vida soñando con ver los cenotes y ese momento ya ha llegado. Está aquí. No es un espejismo. Ni siquiera un sueño. ¿Qué maravilla del universo conseguirá empujarlo ahora a salvar sus baches? Como lo hiciera en las largas noches en vela en vísperas de los exámenes de Contabilidad I, II, III..., el sueño de visitar algún día los cenotes ya no le ayudará a sobrepasar, por ejemplo, las largas noches en vela acunando a los niños que tendrá seguramente con Marga. Se siente perdido, casi desesperado.

Ajena al desmoronamiento de su recién estrenado marido, Marga regatea el precio de un hermoso reloj de arena a un artesano de la zona. El hombre le asegura que es arena de la playa de San Gerónimo, donde murió el guerrero Yarinca combatiendo a los españoles. Desconoce que esto a Marga poco le importa. Ella solo piensa en lo bonito que quedará sobre el buró instalado en el despacho de Julián.

Julián, sin embargo, no quiere verlo nunca lucir sobre ese viejo trasto que Marga compró en un anticuario de Berlín. Quisiera en cambio arrancárselo de las manos y colocarlo en posición horizontal sobre el suelo, esperando así detener el tiempo. Que no sigan corriendo las manecillas del reloj, enfrentándolo a un futuro sin la esperanza de los cenotes. En lugar de eso, le pregunta al artesano cuánto tiempo tarda en vaciarse la arena del reloj. “Unos tres minutos, señor”, le contesta este sin mucho convencimiento. “Tres minutos...”, piensa, “tiempo suficiente”. Lo compra decidido ante el gesto decepcionado e incrédulo de Marga, que esperaba sacarlo por un precio menor.

Acto seguido, Julián la obliga a sentarse a un metro y medio de distancia, aproximadamente. Él se sienta del lado del borde del cenote. Después, coloca el reloj de arena entre los dos, en posición vertical. La arena manchada con la

sangre del valeroso guerrero maya comienza a colarse por el embudo de cristal. Cada grano de arena es una piedra en el testamento vital de Julián. Dispone el destino de todos sus bienes, excepto el de su propio cuerpo. No desperdicia ni un segundo justificándose, compartiendo con Marga la visión del vacío al borde del cenote.

Antes de que el último grano caiga para siempre sellando el testamento de Julián, este se levanta tranquilo y se lanza al centro del agujero con los brazos en la posición del ángel.

## EL MUDO Y LAS EXTRAÑAS PARTITURAS

Maribel García Rodríguez

Mentxu estaba que rabiaba. No había venido Miquelez y le comuniqué que le tocaba a ella cubrir la denuncia de desaparición de unos papeles. Un 234. Ella no cuestionó mi decisión, solo lanzó las llaves de la moto a mi papelera.

-Recógelas -me dijo.

Habíamos tenido un buen despertar... y mejor anochececer, y a estas horas, a las doce, ella había llegado a la comisaría... Vamos, que muy tarde. Era una oficial privilegiada... vamos, que aparecía dónde y cuándo le venía en gana. Yo recogí las llaves y le espeté en alto:

-Mentxu tienes caso...

-Joder Ramírez..., teniente Aldekoa o acabo con lo nuestro -dijo mirando alrededor y susurrando muy bajito en mi oreja

-Sí, mi teniente -dije alto.

-Teniente, teniente a secas -me siseó.

Era así como jugábamos todos los días que habíamos tenido buena noche... Con solo imaginarme que llevaba mis bóxer se me tensaba todo el cuerpo. Era la forma en la que yo lograba alzar mi tono y ser con Mentxu muy mandón. Le puse al día sobre el caso que yo decidí que nos ocupara. La denuncia. Y...mientras ella buscaba en la nevera un botellín de cerveza, le iba yo explicando que el denunciante era un señor antiguo con bisoñé destilando grasa, que había denunciado la desaparición de unas partituras especiales de una inestimable o muy estimada colección "centeria". Unas partituras que las llamó especiales por ser ellas de unos armónicos... y tuve que mirar lo que ponía en la denuncia y leer "armónicos solfeggios". Le expliqué también que el denunciante indicó que su valor era incalculable pues habían servido desde siglos en los monasterios y volví a leer... "a transmutar almas".

Mentxu me miraba como si me hubiese vuelto loco... y eructó sin reparos dos veces. ¡Esa era mi Mentxu! Con dos eructos quería decirme que me escuchaba, vamos, que estaba más que interesada.

-Joder Mentxu, no me mires así -le repliqué por replicar-. El denunciante se hace llamar Hermano Fulgencio...

-Teniente Aldekoa, Ramírez... Acabaré con esto, te juro que lo acabaré... Mete la dirección de ese Hermano en tu GPS, atrapa la máquina de fotos y los dos cascos que nos vamos de excursión -me pidió.

Para no olvidar son esos momentos en los que Mentxu se tensa al ajustar sus piernas a la tripa de su *Ducati* y yo ajusto mis brazos a la suya. Qué bien me siento cuando acoplo mi cuerpo al de ella. Ahí, en esos momentos, Mentxu

es Mentxu y yo su Luís. Siempre se me hacen cortos estos viajes... y este quizá el más corto que recuerdo. De la comisaría a la calle Los Caños 5, un suspiro. Al llegar Mentxu me dio las llaves y me ordenó:

-Ramírez, aparca y luego me sigues.

Miré a mí alrededor y vi que nos hacía señas un hombre bajito con una gran txapela. Comprobé que Mentxu reconoció al Marlow de Sestao. Aparqué, me reuní con ellos en cuestión de menos de tres minutos y leí la nota que Mentxu me extendió: “Monasterio entre antiguos burdeles. Hoy cines. Fulgencio, músico gurú”. Datos que le había proporcionado el cuscusero y sabelotodo de Marlow. Nos despedimos de él y nos dirigimos hacia el moderno monasterio...

-¡Joder Luís, lo que no habrán visto estos locales...! Mira, aquí el Ultramarinos Cifuentes... ¡La de botellas de anís que no habrá vendido Cifuentes a las putas! -me dijo mientras me señalaba un negocio de Vodafone.

-Y aquí el cortapelos del barbero de Perico... ¡La de piojos que este hombre habrá diseccionado! -seguía diciendo la Aldekoa y estuve a punto de preguntarle cómo lo sabía, pero no hizo falta. Que eran historias de Miquelez dijo.

Y con los celos apuntándome a las tripas, la Aldekoa llamó a un timbre. El timbre interior derecho del número 6. El portero automático vibró, pasamos a la zona interior por un estrecho patio pasillo y casi se cae la Aldekoa cuando pisó algo blando en el suelo.

-Mierda de peluches tirados -casi gritó.

Pero al darle una patada vimos que era un asqueroso gato pardo hinchado. Nos agachamos y, como por arte de magia, los dos nos pusimos los guantes finos... y la Aldekoa, con un boli y gran profesionalidad, apartó las babas que le salían de la inerte boca al asqueroso gato...

-Un gato muerto con baba negra... apunte Ramírez y saque fotos -me ordenó.

Vamos, que la Mentxuya estaba trabajando y yo volvía a ser el “Ramírez de usted.”. Ella siguió adelante y agachada en un felpudo de la única puerta del rellano me gritó:

-Aquí Ramírez, venga a sacar una foto y recoger esto, hay una paloma también con babas negras... Lo mandaremos a laboratorios. No olvide el gato... También lo analizaremos... -le interrumpió la luz que salía del interior de la casa que abrió la puerta.

Mentxu se incorporó y fue a exhibir su placa justo en el momento en que yo me llegué junto a ella. La persona que nos abrió, por señas, nos indicó que era sordo... y sentimos que también era mudo. Y por señas, también Mentxu, le dijo que queríamos pasar. Yo le enseñé la firma del Hermano Fulgencio en

la denuncia, que él miró y luego se retiró a un lado. Mentxu se giró hacia mí y, antes de entrar, me indicó que percibía mal olor llevándose los dedos a la nariz haciendo de pinza... y luego, llevándose la mano a la entrepierna y guiñándome un ojo, me quiso decir que estábamos en el lugar correcto, pues esa era su peculiar manera de sentir que su instinto le funcionaba correctamente. Que se le pegaban los gayumbos, me decía siempre... En fila en un interminable pasillo, primero la Aldekoa luego yo pegadito y, a cierta distancia, el mudo. Del final de la casa salía una música religiosa... y Fulgencio, el hermano de bisoné grasiento, nos saludó:

-Es gregoriano armónicos solfeggios para saludar a Dios...

La Aldekoa dio un respingo... “Qué habrá visto”, pensé. Miré hacia atrás y el mudo ya no estaba.

## SIESTA DE LUCEROS

Begoña García Sánchez

Mis ojos no podían aguantar la luz que se colaba a través de las rendijas de la persiana, no querían que la vida que proyectaba la claridad del día, se apoderara de mi mente y ni que mi cuerpo sintiera su calidez. Mi incomunicación no permitía que mi alma se alimentara, sino que le obligaba a vomitar todo aquello que me hacía sentir, por eso mi ensimismamiento estaba repleto de pesares, sin la más mínima posibilidad de alivio. La languidez que acomoda la enfermedad y el malestar que acompaña a la medicación me mantenían dos o tres días sumida, hundida en el más angustioso desconcierto que jamás hubiera podido imaginar.

No sentía pánico, solo espanto, un asombroso y frío espanto... La turbación que da sentir la muerte y la zozobra de pasear entre la nada eran lo que me acompañaban en mi cama.

Al cuarto día, el sufrimiento se disolvía en la tristeza de las horas pasadas, dejando que los recuerdos se amontonaran en mi almohada. La impaciente juventud, la fascinación del amor, la placidez de la maternidad o la serenidad del matrimonio se confundían en la habitación y se transformaban en sonrisas y palabras susurradas, escuchadas solo por mí y para mí. Sentía la satisfacción de haber vivido, luchado, amado, reído, llorado y eso me complacía, me congraciaba con el mundo.

El ánimo aparecía al sexto, al séptimo día, deambulando por las estancias silenciosas de mi casa, esperando que llegaran las contenidas pisadas. El placer de maquillarme, vestirme, comprobando en el espejo que existía, que podía disfrutar, por lo menos, de la esencia de la vida, me hacía creer en el futuro. El placer de la esperanza se materializaba en el deleite de las vistas, a través de las ventanas y las carcajadas que de vez en cuando se adivinaban.

## LA ONOMATOPEYA DEL MIEDO

Begoña Gómez Saiz

¡Zas!...

No es el látigo de cuero al restallar en el aire o peor, sobre la carne; es un sonido a plástico rígido balbuceante que llena la respiración de amarillos. Así es la forma, el color y el sonido del miedo; el olor es a vino, un vino barato de escasos céntimos servido en cristal grueso.

El de Pierre es verde, rosa el de Caroline. Los tres colores penden como corbatas absurdas en el gancho de las batas que cada uno nos ponemos al acceder a la vivienda.

-El establecimiento será humilde, pero nuestro aspecto tiene que ser impecable -es la retahíla del abuelo.

En ningún caso podemos pasar al bar con una mancha de comida en la camisa. La limpieza se exige ante los parroquianos, por otra parte, pobres como ratas.

-Alguna diferencia tendremos que marcar nosotros. Nosotros tenemos clase -dice papá.

Sí, teníamos clase...

El abuelo tenía mucha.

Yo no la tenía, no tenía ninguna gana de tenerla, entonces...

Pierre es dos años menor que yo, el hombrecito de mamá, no se porta bien, pero su verde rara vez corta el aire. Caroline es la pequeña, una princesa de ojos azules, su látigo nunca ha tocado la piel ni ha tamizado rosada la luz del cuarto.

Vivimos en la misma casa, dormimos bajo el mismo techo, comemos lo mismo en nuestros platos, ellos son felices, yo no. Yo no duermo y suspendo porque no aprendo y no entiendo lo que leo y soy zurda y parezco un chico.

-Estás invertida, estás hecha al revés -me grita mamá fuera de sí.

Y yo le contesto, aunque me reviente la espalda, la cara y las manos, que así me ha hecho ella, que algo habrá tenido que ver, y furiosa toma la cincha, la amarilla, nunca se equivoca y la descarga con rabia, con una furia que no tiene que ver con ser madre e hija, ni adulta y niña sino como una rival que teme la fuerza venidera de la otra.

Yo no lloro, nunca lloro, aunque un día me matara mis mejillas estarán secas. Solo puedo oponer la resistencia de mi desprecio ante su humillación. El dolor... el dolor se pega dentro para siempre, para toda la vida.

Hay otro miedo, ni mayor ni menor, otro, distinto. No tiene color, pero su olor es al mismo vino aunque más intenso, su forma es la del abuelo y el sonido es el de la tela rota de mi vestido: Ris-ras.

## CRÓNICA DE UNA DESPEDIDA

Mercedes Menéndez Aguirre

Tu marcha de Donostia cambiaría tu vida y la de los tuyos. Solo tú conocías toda la verdad, bueno tú y el causante de tanto desaliento. Nadie te dijo adiós, ni te dio un abrazo de despedida, ni te deseó buena suerte o buen viaje, nadie. Te marchaste antes de que la vida comenzara, antes de que la luz de las farolas se apagara dejando trabajar al día, antes, mucho antes.

Con el coche lleno de cajas, maletas y tristeza, abandonaste la casa, la calle, el barrio, la ciudad, todo tu mundo conocido y familiar, para comenzar de nuevo en un lugar para el que no tenías ninguna referencia, ni buena ni mala. Tenías que decidir entre el camino largo o el corto, ir pasito a pasito, desprendiéndote con cuidado, viviendo cada instante de la despedida, llorando suavemente o, por el contrario, alejarte de golpe, arrancándote lo vivido de raíz, descargando toda la congoja de una vez y poniéndote la coraza para una nueva vida.

Para tomar esa decisión paraste un momento en tu lugar favorito, en el que te servían sin preguntar, café con leche espumosa y cruasán crujiente y te lo tomaste despacio, como en una ensoñación. Elegiste no apresurarte y te encaminaste hacia el Antiguo, pasando por La Concha, contemplando el mar con olas revueltas, desordenadas, como tus pensamientos. Notabas la presión en el pecho, en los costados, como si una goma gruesa tirara de ti para que no te escaparas. No mirabas atrás, solo de reojo, mientras conducías despacio, entre semáforos. Al fin saliste a la carretera, dirección a tu destino.

Zarautz te recibió ventoso y te envió a la carretera bordeando la costa. En Getaria te detuviste obligada porque tu estómago revuelto no te permitía conducir ni un minuto más, ni una curva más. Bajaste hasta el puerto, aparcaste y fuiste en busca de un lugar solitario en el que contemplar las olas. Llovía suave, llorabas suave. “No quiero vivir en un lugar sin mar”, pensaste, lo susurraste. Las gaviotas volaban a tu alrededor sin prestarte la menor atención.

Reanudaste la marcha cuando la lluvia traspasó tu ropa y el frío te hizo temblar. Te despediste del mar en Deba, una última mirada a las olas espumosas. La carretera discurría atravesando Elgoibar, Éibar, entre montañas, casas, fábricas. En Ermua ya no resistías el viaje lento y la autopista te recibió, Zaldívar, Berriz. No te importaba nada, no prestabas atención, solo conducías. Durango te abrió un poco el horizonte nublado, no te sentías tan encajonada, pero la detención en el peaje te puso de nuevo el nudo en la garganta y en el corazón, y los ojos amenazaron tormenta. Pediste ayuda a la Mari del Amboto desde el corazón y con el pensamiento. La tarjeta te salvó de preguntas

indiscretas. En Amorebieta, la salida hacia el mar te tentó como la manzana de Blancanieves, pero tu cabeza resistió con firmeza. Tuviste que parar en la gasolinera. Al bajar del coche notaste las piernas flojas, “una profunda respiración y adelante”, te dijiste.

Te costó entrar de nuevo, poner el motor en marcha y salir del refugio. Pensaste que otra parada te ayudaría a mantener la cordura, a no estallar como un globo demasiado inflado. Buscar un horizonte azul y una mano en el hombro era lo único que necesitabas, pero sabías que no lo encontrarías en ese recorrido.

En Galdakano volviste a la carretera porque necesitabas prepararte para enfrentar tu futuro. Querías y no querías llegar. “¿Era un refugio, era tu destino?”, te preguntaste. No sabrías responder. En el semáforo de Basauri te vinieron a la memoria la cárcel, aquellas visitas llenas de angustia e inseguridad, cuando aún creías que tus problemas tendrían solución y luego, esa otra cárcel por la que pasaste tantas veces, ese túnel largo, interminable, que te dejaba sin respiración. Pero eso ya no tenía importancia, ya era pasado, muy pasado.

Semáforos, paradas, comenzaban los bloques de viviendas en la entrada de Bilbao. Pasaste por debajo de Begoña y no sentiste el amparo de su manto, no lo sentiste. Ya no había vuelta atrás, entrabas en la ciudad de pleno. Coches que te pasaban a derecha e izquierda en medio de cláxones y autobuses rojos y verdes. “¡No quiero estar aquí!”, gritaste con las ventanillas cerradas para que el ruido no entrara y tu voz no saliera. “¿Por qué yo, si él es el culpable?”, pensaste en voz alta. “¡No quiero estar aquí!”, volviste a gritar y descubriste que alguien te había escuchado, te sonreía y te pedía abrir la ventanilla aprovechando el semáforo.

-¿Te sucede algo? –te preguntó amable.

-Me sucede todo –le contestaste.

-¿Te puedo ayudar? –insistió.

-Nadie puede –le contestaste secamente y cerraste la ventanilla.

Te hubiera gustado encontrar un rincón discreto en un bar casi vacío, sin música, un café con leche espumosa, alguien dispuesto a escuchar y un torrente de palabras nunca pronunciadas, que se pararan los relojes, que se detuviera el tiempo. Hubieras querido que Bilbao no fuera el exilio para ti, sino que se convirtiera en un cobijo hasta volver a ser tú, con tu casa, tu trabajo, tus amigos. Pero no, eso no ocurriría.

El semáforo en verde te obligó a ponerte en marcha, tomaste la desviación hacia el Ayuntamiento y, desde allí, la calle junto a la Ría. Parabas, seguías, parabas, seguías... hasta que dando un volantazo y aumentando la velocidad te

dirigiste derecha contra la barandilla protectora, la atravesaste y el agua te abrazó.

## **PARTIDA DE CARTAS**

Valentxu Torrientes Arauzo

Una llamada a la puerta irrumpió en la partida de cartas.

Castaneda era la primera vez que jugaba y estaba tan concentrado que ni oyó el sonido exterior. Robert apreció la suavidad con la que el timbre había sido apretado, no dudó de que una mano femenina era la causante. Su pensamiento se deslizó hacia su imaginación y ahí se quedó, también, su intención de abrir la puerta. Jane se negaba a levantarse. Estaba enfadada con las cartas, con su hermana y mantenía su cuerpo rígido apretado encima de la silla.

El sonido del timbre se mantenía en el aire, avanzando en lentas y finas vibraciones.

Amèli contemplaba, sorprendida, cómo una mota de polvo reposaba en el número 5 de la carta que su delicada mano sostenía. El sonido le pareció una música que hizo sonreír a su delicado cuerpo. Antoine sumaba los números de sus cartas, se perdía y volvía a sumarlos, cada vez empezando por un color distinto: la carta verde más la carta amarilla más la carta azul...se equivocaba...empezaba otra vez: la carta roja más la carta verde...Cuando sonó el timbre de la puerta estaba adormilado, viajando en su avión cazando colores...

Se agotaba el tiempo, el sonido desapareció.

Enrique aguantó sus ansias por abrir. Tenía una buena mano.

## CARNAVAL BARROCO

Charo Vázquez Alonso

Te voy a contar esta historia porque así la sentí pasar en mis largos años vividos.

Como si fuera un faro cercano, marcando el camino de la vida, estuvo siempre y jamás tuve dudas de sus sentimientos. Era la alegría del tiempo infinito pasado con ella, la que me mantuvo feliz en aquellos días de mi infancia. Juntas recorrimos espacios limitados, primero a pasitos cortos, luego en carreras largas y más tarde en paseos lentos. Nadie interfería en nuestras estaciones atemporales porque el tiempo lo diseñábamos cada día.

Compartimos las mañanas cortas y las tardes muy largas perdidas en libros leídos en voz alta que, página tras página, eran la puerta abierta a los sueños. Me acompañó y tan solo me ignoró a veces, cuando miraba a través de un tiempo pasado, entonces su luz tintineaba intermitentemente y mi mano suave agradecida se acercaba a su cálida cara en forma de paloma, para llevar su recuerdo más y más lejos.

Otras muchas tardes secas las pasamos en la orilla del mar fantaseando sentadas en la arena, mientras el agua, con enfado de ola, subía y bajaba avanzando y marcando el ritmo del lívido perezoso. ¡Sin engaños! porque no esperábamos más. Ella era mi algodón variable en tardes de ausencias y largas esperas.

Hoy escamas pequeñas pegadas a mis pies dejan huellas profundas, mientras mi cuerpo, envuelto en un mapa de caminos infinitos, se deja llevar por el agua y el tiempo en su vaivén danzando en un carnaval barroco y atrasado en el tiempo, a la vez que miro este cansino cuadrado de madera vieja que marca el ritmo de los días en la pared de mi cuarto.

Las diez no son mejor que las once para estar tan sola. Saltan los segundos detrás de los minutos para acallar a las horas, y los días detrás de las semanas para completar los meses en mi vida de pez que da vueltas, para de nuevo recordar la historia y no darla por terminada.

Ausencias no son penas cuando llenan los huecos del árbol viejo y vivido que da cobijo a la espera vestida de fiesta para no olvidarlas.

## **ADIÓS CHOCOLATE**

M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno

Su reflejo en el espejo le acaba de sonreír y, como si fuese una malvada desconocida, con su mirada le dice:

-¡Gorda!

Con sus manos tapa sus ojos y llora. Cuando se tranquiliza, quita sus manos y vuelve a abrir los ojos. Ve que su silueta contorneándose dentro de una tarta, toda ella, en nata, le sonrío y le dice:

-¡Gorda!

Vuelve a llorar y recuerda que ya se lo decía su madre:

-Niña, no comas tanto chocolate.

Su rostro está pálido, tirando a verde, y su estómago no deja de contraerse y dilatarse. El pánico la atenaza, su respiración se acelera y el corazón se le rompe. El infierno no debe estar muy lejos.

Coge el revólver que tiene guardado en el cajón de la mesilla y lo mete en la boca. Un ruido sordo se oye en la habitación cuando aprieta el gatillo. Mira al espejo y allí sigue, sin una gota de sangre.

-¡Maldita sea! -se dice-, otra vez las balas de fogueo.

Lo tiene claro, está en el infierno y no hay remedio. Deberá bajar a 47 kg. para poder seguir siendo primera bailarina. Se sube a la balanza y grita con horror: 47 kg.

## ÍNDICE

<b>Carmen Camarero de la Torre</b>	
La vieja sirena	7
El quicio de la puerta	30
<b>Alba Monique Contreras Gallego</b>	
Ñam y Cucu	9
Colinas	31
<b>Teresa Dacosta Simón</b>	
El Olimpo encantado	11
El titiritero	32
<b>Nilda Diarte Aguilera</b>	
El destino	13
Una siesta de crédito	33
<b>Amaia Estebanez</b>	
Bestiario	15
La cabeza flotante	35
<b>Alba García Portela</b>	
La pasión de Albarota	16
Horror cenótico en contabilidad	37
<b>Maribel García Rodríguez</b>	
Él... bien pudiera ser tu vecino	18
El mudo y las extrañas partituras	39
<b>Begoña García Sánchez</b>	
Los paraísos	20
Siesta de luceros	42
<b>Begoña Gómez Saiz</b>	
La carta	21
La onomatopeya del miedo	43

<b>Mercedes Menéndez Aguirre</b>	
Lluvia de bragas con Tildita naranja	23
Crónica de una despedida	45
<b>Velentxu Torrientes Arauzo</b>	
La lluvia...	25
Partida de cartas	48
<b>Charo Vázquez Alonso</b>	
Caminos diferentes	27
Carnaval barroco	49
<b>M<sup>a</sup> Ángeles Villanueva Moreno</b>	
Esas mañanas	28
Adiós chocolate	50